



ADEMUZ

Mirador del Portal del Solano

El Portal del Solano constituyó la entrada sur al recinto amurallado de la villa de Ademuz. El lugar donde se erigió el desaparecido portal se asienta sobre un paño de muralla de considerable altura que todavía hoy se puede contemplar. A su vez, constituye un privilegiado punto desde el que observar los distintos barrios que componen la población, así como el relieve que rodea esta, cuyo paisaje ha sido modelado por el hombre a lo largo de los siglos.

El barrio del Solano se prolonga extramuros en un alargado arrabal, en el que se suceden las antiguas eras de trilla bordeadas de pajares, construidos con las técnicas tradicionales de la arquitectura vernácula, y testigos de la importante producción cerealista en el pasado. Algunas han devenido plazas, como la era de los Navarros, y los antiguos pajares convertidos en viviendas.

Inmediato al castillo, se halla el barrio del Vallado, uno de los más genuinos de la villa intramuros, por sus callejuelas estrechas y empinadas. Aquí es frecuente encontrar numerosos cubos o bodegas. Vestigios de la actividad vitivinícola, llegaron a existir más de un centenar de cubos, si bien hoy la elaboración de vino es prácticamente testimonial. Entre ellos, se halla el cubo del Tío Maroto, cuya restauración recibió el Primer Premio Europa Nostra 2011.

Más alejada de la villa se halla la Fuente Vieja y su entorno de edificaciones vinculadas todas ellas al agua. Punto tradicional de abastecimiento, antes de que en la década de 1950 el agua potable llegase a las viviendas, los siete caños de la Fuente Vieja alimentan también el vecino Lavadero Público y el abrevadero. Allí se hallan asimismo el antiguo Molino de la Villa, erigido en el siglo XIII, y la tintorería anexa, que servía al producto de los abundantes tejedores ademuceros. Ambos establecimientos se nutrían de las aguas del río Bohígues, como también lo hacían las varias destilerías que trabajaban en el siglo XIX, y un segundo molino, aguas arriba, el Molino de Efrén, construido en 1844 o la más reciente central eléctrica, de mediados del siglo XX.

A orillas del Bohígues también, pero antes de desaguar en el Turia, se halla el barrio del Rosel y el Ventorro, crecido en el entorno de la ermita de Nuestra Señora del Rosel, del siglo XVIII. Allí existió una antigua posada de arrieros, fundada

en 1834, y un aserradero de madera, si bien hoy tiene usos residenciales.

Con un cauce bastante regular, el río Bohígues suministra sus aguas a varias acequias que nutren una buena parte de vegas, huertos y bancales escalonados, transformando el paisaje de manera determinante. Una de las más importantes es la acequia de la Navarra, que atraviesa la villa por su parte baja, de sur a norte. Las aguas de la Navarra también servían a los alfareros del sur de la villa: la alfarería de los Avers, en el Camino Viejo de Vallanca, y las ollerías del Solano. Otra digna de mención es la acequia de la Serna, que riega una buena parte de la vega del Turia.

Más lejos podemos divisar los barrios del norte. El de la Venta, toma su nombre de la antigua posada que acogió. El activo barrio del Molino Nuevo lo debe al establecimiento harinero fundado en 1775 a orillas del Turia, en la confluencia con la Rambla de la Virgen. Allí numerosas alfarerías producían las afamadas tinajas y los característicos cántaros de Ademuz. También se emplazaba el más importante embarcadero de maderas de la comarca, cuyos troncos eran conducidos por el Turia a la ciudad de Valencia de manos de los expertos gancheros ademuceros. El industrioso barrio del Molino Nuevo se halla presidido por la ermita de Nuestra Señora de la Huerta, levantada en el siglo XIV, joya del gótico valenciano.

El barrio de San Roque, en la vertiente izquierda del Turia y a los pies de La Celadilla, toma su nombre de la ermita homónima ya desaparecida, aunque conserva su alfarería. Desde allí se extiende la feraz vega, que el río fertiliza, entre cuyos cultivos destaca el manzano. De las variedades producidas es especialmente renombrada la autóctona manzana esperiega de Ademuz, muy apreciada y premiada.

Desde aquí podemos admirar también el relieve montañoso, que ha sido modelado por el hombre a lo largo de los siglos mediante bancales en terraza. Construidos sobre muros de piedra seca, permiten el cultivo en secano, en la actualidad dedicado mayoritariamente al almendro. Los principales montes que circundan la villa: el Cerro de la Horca (889 m.), donde según la tradición eran exhibidos los ajusticiados, el Pico de la Muela (905 m.), a cuyos pies se abre la célebre Cueva de los Moros, la Celadilla (713 m.), sobre la que se extiende el conocido poblado ibérico, el imponente Pico Castro (897 m.), emblema de la población y desde cuyo mirador se disfrutan inmejorables vistas, o la Atalaya de los Zafraneros (937 m.), que corona la villa y el castillo.

